

Iglesia en Marcha

Año XXI, No 163, Edición Especial-2011
Arzobispado de Santiago de Cuba



Sumario

- 3. Mons. Pedro Claro Meurice Estú
- 4. Adelante todo el tiempo
- 6. Padre, Pastor y Amigo
- 10. Conforme en todo al corazón
de Jesús
- 12. Hoy dices adiós
- 13. ¿Por quién doblan las campanas ?
- 16. Padre y Pastor
- 19. Sólo Dios basta
- 20. Obispo Pedro
- 21. Desde mi pequeña parroquia
- 25. Mi Padre y Pastor
- 27. Murió sonriente y lleno de amor

Plegaria por un Pastor

A Mons. Pedro Meurice Estú
Arzobispo Emérito de Santiago de
Cuba, en el día de su partida

**Mi verso, oración ferviente
Que va del valle a la Sierra,
Por el pastor de esta tierra,
De nuestro querido Oriente.**

**De rostro enérgico, sincero
De pasos firmes y lentos,
Sencillo por sus talentos,
Hombre sensible, fino acero.**

**Madre de Dios y de amor
Madre del humilde y del pobre,
Del gran misterio, Sagrario.**

**En la paz de tu Santuario,
En las montañas del Cobre,
Descanse este fiel Pastor.**

**P. Pedro Pablo Ladrón de Guevara Cruz
Sacerdote tunero
Holgún, 21 de julio de 2011**

Iglesia en Marcha

Boletín de la Arquidiócesis de Santiago de Cuba, miembro de UCP -Cuba. **Dirección y Redacción:** Mons. Dionisio García I., María A. Navarrete, María C. Campistrous, Mercedes Ferreira, María C. López. **Colaboraciones:** Elena González, Rolando Halley, Antonio López de Queralta, Ana M. Rodríguez, P. Jorge Catasús F., P. José C. Rodríguez A., Diac. Humberto González B., P. Pedro P. Ladrón de Guevara, Nicolás Castillo S. **Fotografía e imágenes:** Rolando Halley y Archivo

Suscripciones: Pedro P. Amador Cruz, Medios de Comunicación Social

Diseño e Impresión: Medios de Comunicación Santiago. **Cierre de esta Edición 28 de julio del 2011.**

LOS TRABAJOS PRESENTADOS EN EL BOLETÍN NO REFLEJAN NECESARIAMENTE EL CRITERIO DEL CONSEJO DE REDACCIÓN.

Mons. Pedro C. Meurice Estiú

*Los que siembran entre lágrimas
cantando cosecharán*

Salmo 126, 5

Están doblando las campanas de nuestra ciudad, así expresan el dolor por el Pastor bueno que ha partido y anuncian el júbilo de saberle en el Reino de los justos.

Si ejemplar fue su vida también lo ha sido su muerte. Cuando sintió que ya marchaba al encuentro del Padre, que el “Ven, Señor Jesús” de su lema episcopal se hacía realidad, llamó a los suyos para pedirles que no lloraran, que rezaran y cantaran para acompañarle. Así, con su sonrisa plácida y el semblante sereno, lleno de paz, rodeado de cariño y entre cantos y oraciones, dejó esta vida para entrar en la Vida, el Arzobispo emérito de Santiago de Cuba, Pedro Claro Meurice Estiú, pastor comprometido con su pueblo, profeta valiente, hombre entero que hizo de la opción por los pobres prioridad y la unión de los cubanos camino de vida.

La Iglesia que peregrina en Cuba y en la diáspora le despide con los honores que nunca admitió en vida, sintiéndose unida en su recuerdo.

“Iglesia en Marcha”, boletín que nació en sus manos de Pastor, quiere con este número honrar humildemente su memoria con jirones de su obra y testimonios.

Ya no rezamos por ti, Pedro el Claro, rezamos a ti, gloria de nuestra Iglesia que ya estás en la Gloria, para que tus sueños, que hoy son los nuestros, se hagan realidad.

Adelante todo el tiempo, independientemente de todo

Mons. Pedro Claro Meurice Estiu, encuentro con responsables y agentes de Pastoral, Arzobispado de Santiago de Cuba, febrero de 2007.

Este ha sido un tiempo bueno, con cosas buenas y con cosas malas, pero siempre han sido buenas para mí.

Yo he sido el mismo todo el tiempo, ustedes han ido cambiando. Me siento contento de haber vivido estos cuarenta años con y para ustedes.

Si hubiera sido en otras circunstancias, estoy seguro de que yo no hubiera estado. A mí me llamaron porque no había otro... no lo he hecho bien, pero sí he intentado hacerlo siempre lo mejor que he podido. Cuando me comparo con otros obispos veo una gran diferencia.

El trabajo lo han hecho ustedes: dar catequesis, asistir a los pobres, visitar a los enfermos, visitar a los presos; no yo, y eso a mí me conmueve.

Ahora, quiero que al llegar al término de mi servicio por la edad,irme, retirarme a rezar por mi conversión, por el pueblo cubano, pues siento que no oramos lo suficiente nunca. Quiero hacerlo teniendo la certeza de que ninguno de nosotros es el que planta, ni el que riega, sino sólo el que ayuda al crecimiento de lo sembrado por Dios.

En las circunstancias en las que me ha tocado ejercer mi ministerio, vivir, todo el tiempo he velado por tratar de que no ponga "la mano" sobre las cosas de la Iglesia nadie que no sienta amor por ella.

... Cuando era niño, en el seminario desde muy pequeños nos enseñaban oratoria, y así durante toda la Cuaresma y hasta la Semana Santa, todos teníamos que pasar

por el púlpito... Nos enseñaban que en todo discurso debíamos buscar ¿Cuál es el centro? ¿Qué es lo circunstancial?

... El centro de lo que les quiero transmitir es éste: cuando los Evangelios nos relatan que estando Juan el Bautista en la cárcel oía cosas de Jesús, entonces le dijo a sus discípulos pregúntenle si es Él que el que ha de venir... Jesús a la pregunta contestó vayan y díganle que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos se despiertan, y una buena nueva llega a los pobres.

Hoy o mañana si alguien viniera y preguntara sobre la Iglesia, no hay otra respuesta que dar que esa... Si es esa la respuesta que podemos dar, entonces somos Iglesia.

Nosotros, la iglesia cubana, hemos aceptado muy fácilmente las reglas que nos han impuesto, muy fácilmente. No debemos dar por hecho lo que nos dan, debemos insistir en todo, todos los días, porque si no tenemos o nos faltan muchas cosas, sí tenemos el contacto personal. Y muchas veces nos damos *látigo* con lo que nos falta.

Lo que tenemos no es nuestro, nos lo manda el Único que puede hacerlo. Somos siervos inútiles que en la medida que percibimos que tenemos ese mandato, que no depende de nosotros y lo asumimos, nos ponemos en marcha.

Si en este momento me dijeran que en cinco minutos me moriría, la última palabra que les diría sería esta: **Adelante todo el tiempo, independientemente de todo.**



Padre, Pastor y Amigo

Escribir una biografía, aunque sea pequeña de un hombre de la talla y del talante del recién fallecido Mons. Pedro Meurice Estú, es para mi una tarea que considero una obligación moral dado los lazos de amistad y filial agradecimiento que me unían y me unirán hasta el final de mi vida con aquel Arzobispo Santo*, que supo ser para mi Padre, Pastor y Amigo entrañable.

Esta experiencia que comparto ahora con los que lean este modesto artículo no es privativa o exclusivamente mía, sino, que miles y miles de cubanos la vivieran diariamente durante los fructíferos años de vida que Dios le concedió generosamente al querido Mons. Meurice.

Me siento incapaz de poder expresar con palabras, la grandeza de este arzobispo que Dios regaló como pastor a la ilustre Arquidiócesis de Santiago de Cuba. Lamento hoy, no tener el talento suficiente para poder acercarme aunque sea un poco, a la cultura de este hombre extraordinario, aunque tengo la seguridad de que Dios, en su momento, suscitará alguna persona talentosa que pueda escribir una digna biografía.

Nació, Mons. Pedro Claro Meurice Estú en el pueblo de San Luis, antigua provincia de Oriente, el 23 de febrero del año 1932 en el seno de una cristiana familia de mediana posición económica. Sus padres Telesforo y Narcisa engendraron una familia compuesta por seis hijos.

El niño Pedro Claro fue acólito de la iglesia Parroquial de San Joaquín en su pueblo natal, atendida hasta el día de hoy con noble celo pastoral por la Benemérita



Partida de bautismo de Pedro C. Meurice Estú... De niño en su San Luis natal

Congregación de los Padre Paúles. Allí nació su vocación al sacerdocio, entrando en el Seminario San Basilio Magno en El Cobre el 2 de septiembre de 1944, siendo Arzobispo de Santiago de Cuba S.E.R. Mons. Dr. Fray Valentín Zubizarreta o.c.d., realizando en él los estudios de Humanidades y Filosofía, y los dos primeros años de Sagrada Teología. A la muerte de Mons. Zubizarreta ocurrida el 26 de febrero de 1948 le sucedió en el gobierno de la Sede Primada de Cuba el ilustre Don Enrique Pérez Serantes quien tomó posesión de la de la misma el 5 de mayo de 1949.

No pasaron desapercibidas para el arzobispo Pérez Serantes las altísimas califica-

*Pedro C. Meurice Estiu a su entrada en el Seminario
San Basilio Magno*



ciones, y la preclara inteligencia del joven seminarista Pedro Meurice; y por eso en el 1953 lo envió al Seminario Conciliar de Santo Tomás de Aquino en la República Dominicana donde terminó con las más altas calificaciones los estudios de Sagrada Teología. Es ordenado sacerdote en la S.B.M. Iglesia Catedral el 26 de junio de 1955 por Mons. Pérez Serantes, quien le había ido tomando un cariño muy especial; muchas veces me he cuestionado si ya en esta época Mons. Pérez Serantes tuvo la premonición de que aquel joven sacerdote estaba destinado por Dios para ser su dignísimo sucesor. Con el objetivo de forjarlo todavía más, lo manda a estudiar al Seminario Conciliar de Vitoria para que estudie griego, espiritualidad sacerdotal y se perfeccione en el estudio de las humanidades; regresó también ahora con excelentes calificaciones que convencieron a su Arzobispo de que valía la pena mandarlo a estudiar a una Universidad Pontificia en Roma. Por lo cual entre los años 1956 a 1958 estudia Derecho Canónico en la célebre Universidad Gregoriana, obteniendo la Licenciatura en dicha disciplina eclesiástica, esta vez también con las máximas calificaciones. Esto, en mi criterio, influye notablemente en la decisión de Mons. Pérez Serantes de nombrarlo su secretario particular, cargo que ostentó hasta el fallecimiento del Arzobis-

po, pese a la extrema juventud del entonces padre Pedro Meurice.

Forjado por un hombre tan santo y de tan eminente talento como el que tuvo Mons. Pérez Serantes, de tan feliz recordación, no es de extrañar que un alma y una inteligencia tan bien dispuesta como la del joven P. Pedro Meurice se fuera apropiando de las virtudes de su mentor. Cuando nuestra Iglesia fue literalmente diezmada de sacerdotes en los años sesenta y siguientes, el P. Meurice se multiplicaba y se entregaba con admirable celo pastoral a la atención de los templos y parroquias que no tenían sacerdotes, todo esto sin dejar de atender sus obligaciones como Canciller del Arzobispado de Santiago de Cuba y secretario del prelado. Así lo vemos asumir la atención pastoral de la parroquia de San Luis (El Caney), la Sagrada Familia (Vista Alegre), San José (La Maya), La Purísima Concepción (Ti-Arriba),



*Ordenación Sacerdotal, 26 de junio de 1955
SBMI Catedral de Santiago de Cuba,*

Santa Catalina de Ricci y la Virgen Milagrosa (Guantánamo) e incluso llegó hasta Baracoa, donde fue párroco de Nuestra Señora de la Asunción.

La ancianidad de Mons. Enrique y las múltiples enfermedades y achaques de este gran arzobispo misionero, movieron a S.S. el Papa Pablo VI a nombrarle un obispo auxiliar que lo ayudara en el gobierno de la muy extensa Arquidiócesis de Santiago de Cuba. El P. Pedro Meurice Estiú es nombrado Obispo Titular de Teglata de Numidia, Argelia, y Obispo Auxiliar de Santiago de Cuba en el año 1967; recibió la Consagración Episcopal de manos de Mons. Pérez Serantes en el Santuario del Cobre el 30 de agosto del mismo año. Con toda certeza podemos creer que la Santísima Virgen María de la Caridad del Cobre, bendijo de una manera especial al joven Obispo que tanto le amaba y que había puesto su imagen en su escudo episcopal.

Al fallecimiento de Mons. Pérez Serantes el presbiterio de la Arquidiócesis de Santiago de Cuba lo nombra Vicario Capitular y el Papa lo nombra Administrador Apostólico; hasta que en el año 1970, el recordado Pablo VI lo nombra Arzobispo de Santiago de Cuba, tomando posesión de la Arquidiócesis la noche del 9 de septiembre de ese mismo año. La situación, económica, política, social y religiosa de la Cuba de los años setenta, no podía haber sido peor y aunque no queremos entrar en el análisis de los difícilísimos años en que gobernó la sede primada de Cuba el inolvidable Pedro Meurice; no podemos dejar de subrayar que a nuestro criterio fueron años calamitosos, de los cuales solo la santidad, el carácter, la valentía, el amor a Dios, a la Iglesia y al pueblo que caracterizaron la recia personalidad de Mons. Meurice, hicieron que pudiera sostener las dificultades que insistentes le salían al paso. Conste que no hablo de

oídas, sino de lo que vi, palpé y sufrí junto a él en múltiples ocasiones, pues gracias a Dios y a pesar de mis limitaciones tuve la dicha de trabajar pie con pie con este eminentísimo Pastor que Dios le regaló a nuestra Iglesia Arquidiocesana.

No quiero hacer comparaciones, porque las comparaciones son siempre odiosas, ya que en ellas lamentablemente alguien pierde y alguien gana, sí me atrevo a afirmar categóricamente que este pastor celosísimo es de los más grandes obispos y arzobispos que ha tenido la iglesia cubana.

Algún día se escribirá un grueso libro que intentará recoger algo de lo mucho que hizo y sembró este eminentísimo y Santo arzobispo, y siempre será poco, siempre el autor se quedará muy por debajo de la talla moral, de la hombría, de la inteligencia, de la caridad, de la humildad de la paciencia, de la vida de oración y de su



30 de agosto de 1967, ordenación episcopal



devoción al Santísimo Sacramento, a la Santísima Virgen María, de su fidelidad a la Iglesia y al Papa.

Este hombre, que el pasado día 21 de julio se nos ha ido a la Casa del Padre a recibir el premio merecido por haber sabido ser en grado eminentísimo un obispo "según el corazón de Jesús", no nos ha dejado solos. Si bien ya no disfrutamos de su agradable conversación, de sus sabios consejos, de su generosidad y sobre todo de su exquisita santidad de vida; también es verdad que ahora desde el cielo donde Jesucristo, el Pastor de los Pastores a quien Mons. Meurice supo imitar tan fielmente, intercede por nosotros sus amadísimos diocesanos.

Por esto su Iglesia de Santiago de Cuba, a la que amó y sirvió y todo el pueblo de Cuba, en vez de afligirnos lo cual es muy humano, debemos rezar por él seguros de

que el Padre ya le ha recibido, pero al mismo tiempo debemos pedirle a él, que nos ayude, proteja y bendiga desde el cielo, pues estoy firmemente convencido de que Mons. Meurice es un santo*.

*Ateniéndome gustosamente a los sabios decretos de S.S. el Papa Urbano VIII declaro, que el calificativo de santo, otorgado por mi a Mons. Pedro Meurice Estiu, el fruto de una opinión personal, y con nada quiero anticiparme al magisterio infalible de la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana, al cual me someto de todo corazón.

Conforme en todo al Corazón de Jesús

Coro Hablado en homenaje a Monseñor Pedro Meurice Estíu, en su ordenación Episcopal (*Comunidad de La Sagrada Familia de Vista Alegre, septiembre de 1967*)

Director: Monseñor: hace unos días, revestido tu cuerpo con vestiduras rojas, una mitra episcopal en tu cabeza, anillo de desposado con la Iglesia entre tus dedos, con humilde cayado de pastor entre las manos, subiste las gradas del altar. Emocionado, oímos la fórmula sagrada con que Dios consagraba al Pastor de su rebaño. Hoy nos presentamos ante ti.

Todos: Somos la Diócesis entera

Director: que va a pedirte en cada uno de sus miembros.

Todos: lo que esperamos de nuestro nuevo Obispo.

Arzobispo: Soy tu Arzobispo. De niño.

Todos: te admití en el Seminario.

Arzobispo: De joven te ordené Sacerdote.

Todos: para que fueras otro Cristo - que impartiera perdón al pecador - consejo al extraviado - fortaleza de Cristo Eucaristía - a los cansados caminantes de la vida - que peregrinan hacia el cielo.

Arzobispo: te enviamos dos veces a Europa.

Todos: para que bebieras en las fuentes de la Iglesia - las aguas de su celestial sabiduría.

Arzobispo: Y después te elegimos.

Todos: para que fueras familiar y com-



Mons. Pedro Meurice, Sagrada Familia de Vista Alegre, septiembre de 1967

pañero que compartieras tu vida con la nuestra en nuestro hogar.

Arzobispo: Hoy, llegado al ocaso de nuestros largos años.

Todos: hemos bendecido la elección que te hacía auxiliar en los trabajos y partícipe de nuestros cuidados pastorales.

Arzobispo: Esperamos que seas para Nos.

Todos: báculo en que se apoye nuestra

mano temblorosa, escudo que defienda nuestro cuerpo de ataques enemigos, otro yo que recorre los caminos de Oriente, haciendo por tu medio que llegue Jesucristo a lugares recónditos, donde no pueden nuestros pies ya cansados entrar.

Sacerdote: Somos tus sacerdotes. Necesitamos que seas espejo en que se mire nuestra virtud sacerdotal, brújula en el mar de nuestro apostolado, fuego que haga arder nuestro entusiasmo, samaritano bueno que nos cure las heridas recibidas en la lucha.
Todos: modelo acabado de virtud sacerdotal.

Sacerdote: Te pedimos.
Todos: orientación en nuestros planes, aliento en nuestras dificultades, comprensión en nuestras debilidades.

Seminarista: Somos tus seminaristas. Nos formamos en las mismas aulas, patios y capillas.
Todos: que te vieron estudiar, corretear y rezar.

Seminarista: Te pedimos.
Todos: Ames al Seminario como a la madre santa de cuyo seno brotaste sacerdote.

Seminarista: Y a nosotros.
Todos: que nos guíen tus consejos, que nos ayuden tus auxilios, que nos aliente la sincera simpatía con que mires para siempre nuestras cosas.

Religiosa: somos tus religiosas. Nos has dado cuando eras Sacerdote.
Todos: La luz de tus lecciones.

Religiosa: Ahora pedimos.
Todos: que nos sigas iluminando por ti mismo, o por la luz indirecta de otro que nos des en tu lugar.

Religiosa: Pero pedimos más.

Todos: que comprendas nuestra vida, que des trabajo al celo de nuestros corazones entusiastas, que alientes a las jóvenes cubanas, para que sigan nuestras huellas, pues el camino que llevamos no es más que el encuentro perfecto con Cristo, aún en la tierra.

Niño: Nosotros somos las flores del jardín de Cristo. Ama a los niños.

Todos: como nos amó Jesús.

Niño: Bendícenos.

Todos: Como nos bendecía Jesús.

Niño: enséñanos el camino del cielo.

Todos: Como El nos enseñaba.

Niño: Defiéndenos con tus palabras.

Todos: Como él nos defendía.

Niño: Danos por madre a la Virgen, como nos la dio Jesús.

Joven: Vengo en nombre de lo jóvenes: Somos el agua pura con peligro de enturbiarse.

Todos: Presérvanos.

Joven: El árbol tierno con peligro de torcerse.

Todos: Enderézanos.

Joven: La fuerza pujante del torrente.

Todos: Encáuzaños.

Joven: La energía vital y pujante de un corazón con ilusiones.

Todos: Empléanos.

Padres: Somos los padres, engendadores de actuales y futuros cristianos, para que demos al mundo nuevos hijos.

Todos: Anímanos.

Padres: Padres que aprendamos a guiar a nuestros hijos.

Todos: Enséñanos.

Padres: Para que corriamos con acierto.

Todos: Oriéntanos.

Padre: Para que los defendamos contra todos los ataques del mundo.

Todos: Fortalécenos.

Padres: Para que los entreguemos a Dios si El nos los pide.

Todos: Aliéntanos.

Anciano: Somos los que estamos en el ocaso de la vida. En medio de la debilidad y la impotencia de los años postremos de nuestro vivir.

Todos: Cuidanos.

Anciano: Después del trabajo de agotador de nuestra juventud y madurez.

Todos: Busca nuestro descanso.

Anciano: Porque tenemos experiencia de la vida, a Jesús como el práctico a bordo, a la entrada del puerto de la gloria.

Todos: Escúchanos.

Anciano: Para que llevemos en el alma a Dios en el momento de la muerte.

Todos: Asistenos.

Anciano: Cuando hayamos partido de esta vida.

Todos: Ruega por nosotros.

Pobre: aquí estamos los pobres, tesoro de la Iglesia.

Todos: Aprécianos.

Pobre: somos los desvalidos de la vida.

Todos: Defiédenos.

Pobre: Somos el Jesús pobre de la tierra.

Todos: Ámanos.

Pobre: Que en tu casa nos sintamos.

Todos: como en la casa propia.

Pobre: En nuestras necesidades.

Todos: Socórrenos.

Pobre: En nuestro llanto.

Todos: Consuélanos.

Pobre: Que nos haga conseguir mediante nuestra pobreza de la tierra.

Todos: las riquezas eternas de la gloria.

“Te llamarás piedra”

Hoy dices adiós, Pedro parece coincidente sucesor y apóstol temperamentalmente huracanado; de corazón duro y sencillo.

Pescador incrédulo,
¡llena tu red está!
el pecador, perdonado;
llamado a pescar
en el mar del universo
con la fuerza del Espíritu
entre las olas del mal,
hace historia
tú en tu barca, la Iglesia
de marejada llena y de pueblo lleno
de cruz, de costado abierto,
/de resucitado.

¡Yo nunca te negaré!
después tres veces
nunca te he visto;
tus ojos paren lágrimas
que bañan y transparentan el alma
del hombre,
de un hombre en busca de Dios.

Corres como niño asustado...
¿me amas?
del amigo todo, que conoce todo,
Jesús,
por tres veces
como lanza al pecho de seguridades,
del que brota todo
del que sabe todo; del amor...
Señor, tú lo sabes todo,
tú sabes que te quiero.

Félix Humberto González Barduena.
18 de febrero de 2007

¿Por quién doblan las campanas?

*Amor es ponerse de almohada
para el cansancio de cada día...*

*Amor es desenredar marañas
de caminos en la tiniebla:*

¡Amor es ser camino y ser escala!

*Amor es este amar lo que nos duele,
lo que nos sangra por dentro....*

*Es entrarse en la entraña de la noche
y adivinarle la estrella en germen...*

¡La esperanza de la estrella!....

Dulce María Loynaz

Preguntan en la ciudad que va entrando en Carnaval. ¿Por qué ese toque luctuoso que se expande desde los campanarios de viejas iglesias de Santiago de Cuba? Un pastor que ha fallecido.... allá lejos. Y ¿quién es, qué huella ha dejado su vida?

Desde otras latitudes, acabo de recibir un mensaje de condolencia de un entrañable amigo:

Con gran pesar leí ayer la triste noticia del fallecimiento en Miami del ilustrísimo arzobispo benemérito de Santiago de Cuba, Pedro Meurice Estiu. Por su trayectoria en nuestro Santiago, me imagino hayas tenido la inolvidable oportunidad de haberlo conocido a profundidad. Resonarán como una bella armonía en muchos oídos o servirán de colirio a muchos ojos, a todos aquellos que lean sus palabras de bienvenida al Papa en el 1998. A pesar de no haberlo conocido me parece un amigo cercano, y aquellos que como tú disfrutaron de su cercanía, imagino guarden un tesoro sagrado en sus memorias. Ojalá la semilla extraordinaria de su vida prenda y dé ricas cosechas en nuestro pueblo....

Ciertamente -me apresuro en contestarle- es un valioso tesoro haber compartido en la vida tanta hermosura con él. Qué íntimo regocijo experimento cuando me dices: "a pesar de no haberlo conocido, me parece un amigo cercano".

Su testimonio de hombre y amigo, profeta y pastor, marcó profundamente mi adolescencia y juventud. Fue él el sacerdote en quien vi encarnado de manera especial lo que es ser discípulo de Jesús de Nazaret, lo que es un pastor, al estilo del *Buen Pastor que da la vida por sus ovejas*. Dios se sirvió privilegiadamente de él para invitarme a consagrar toda mi vida como ministro suyo al servicio de mi pueblo. Mi experiencia más hermosa de libertad aconteció al acompañarme durante muchos años en el discernimiento de mi vocación. Nunca violentó mi libertad.

En alguna medida -le añadía a mi amigo- lo que pudiste haber visto reflejado en mi persona, en esos inolvidables años estudiantiles en que se fraguaba nuestra amistad, tenía que ver con su evangélico ejemplo, coherente y con-

vincente, que estaba entonces iluminando mi vida.

Cuántas experiencias, gozosas y dolorosas, viví cerca de él desde comienzos de los 60, siendo mi párroco y luego mi obispo: como acólito, ayudándole la Misa por años en mi Parroquia de la Sagrada Familia de Vista Alegre, allí donde tantas lágrimas secó en tiempos tan difíciles; grabada tengo su imagen desmantelando altar y sagrario de la capilla de las Catequistas Sopena cuando tuvieron que partir; escuchaba atento sus iluminadoras y aterrizadas homilías; solía acompañarlo a ungir a los enfermos; fui testigo de su entusiasmo compartiéndonos todo lo que iba llegando del Concilio Vaticano II; más tarde, su impresión renovada de la Iglesia y su misión, a su regreso de la Conferencia de Medellín; su apoyo a la promoción del apostolado seglar; su sensibilidad ante las necesidades de todo aquel que tocaba a su puerta....

Las primeras grabaciones de los bellos cánticos de Lucien Deiss, la Misa Criolla de Ariel Ramírez y una misa rock italiana fueron los discos de regalo para los jóvenes de la Parroquia al regreso de un viaje a Europa.

Lo recuerdo ahora también pronunciando, a solicitud de Monseñor Pérez Serantes, las palabras de apertura -todavía las conservo- de un curso del Seminario de El Cobre, allí donde tantas tardes de domingo, incluso siendo ya obispo, jugaba pelota con los seminaristas y algunos laicos que le acompañábamos.

Cómo le vimos, acabado de ser consagrado obispo, desbordante de emoción, derramar inagotables lágrimas mientras nos bendecía en el Santuario de la Virgen.

Su alergia casi instintiva a todo lo que fuera honores y grandezas se puso siempre de manifiesto. Parecía muchas veces que tenía que hacerse violencia para usar algunos atributos episcopales. Siempre prefirió llevar en su mano una sencilla y pequeña alianza, signo de su desposorio con su Iglesia.

Con qué insistencia nos recordó, a mi hermano Dionisio y a mí, antes de imponernos las manos, lo que el pueblo



de Dios había expresado en la Reflexión Eclesial Cubana: “*Queremos que nuestros sacerdotes sean hombres de Dios, que vivan cerca del pueblo y que le enseñen al pueblo, con un lenguaje asequible, las cosas de Dios... Hombres de Dios –enfaticó él- sin otros títulos, sin otros prestigios, sin otros honores, sin otros haberes...*”

En su arraigada devoción a nuestra Madre de la Caridad del Cobre, manifestada especialmente como celoso guardián de su bendita imagen y su Santuario, muchos hemos abrevado. Él mismo quiso que fuera coronada por Juan Pablo II en su visita a Santiago.

Sin duda alguna, sus palabras aquella esplendorosa mañana de enero del 98, para dar la bienvenida al Santo Padre en la Plaza Antonio Maceo, han sido las que proyectaron su imagen al mundo. Aún siguen resonando. ¿Quién ha podido desmentirlas?

No faltaron quienes, apresuradamente, le tildaron de “oportunista”, como si hubiera tenido que cobijarse en la “sombrija” del Papa para expresarse como lo hizo. Esas personas ignoraban cuál había sido su valiente magisterio, consecuente y profético, durante tres décadas en las que tuvo que ejercerlo teniendo ante él solamente los limitados micrófonos de su Catedral, el Santuario de El Cobre y las parroquias y comunidades que visitaba. Y, de pronto, habían aparecido las cámaras y micrófonos del mundo entero.

Otros, poco después, vieron frustrados sus intentos de manipularlo políticamente utilizándolo como bandera para dividir más al pueblo cubano. No se prestó para ello.

Dentro de unas horas el cadáver de Monseñor Meurice trazará un arco en los cielos del Estrecho de la Florida que geográficamente nos separa, enlazando Miami con Santiago de Cuba. ¿Acaso nuestra pertinaz ceguera, nuestros corazones endurecidos, nos impedirían interpretar su vuelo repatriador como **arcoiris de esperanza** que quiere iluminar el horizonte del pueblo que *sufre, vive y espera aquí y también sufre, vive y espera allá fuera*, urgiéndonos a seguir buscando y trabajando incansable y responsablemente por la reconciliación y la unidad de todos los cubanos, no como *fruto de la uniformidad sino de un alma común y compartida a partir de la diversidad*? ¿No sería este esperanzador empeño el mejor homenaje póstumo a nuestro pastor bueno, tal vez el único que desearía recibir desde la otra orilla?

Por tu fidelidad a Dios, a la Iglesia y a Cuba, y por tu inmensa generosidad: nuestra infinita gratitud, querido padre Meurice.

Marana Thá. ¡Ven, Señor Jesús!

Santiago de Cuba, 24 de julio de 2011

Pastor y Profeta

Estas líneas no quieren ser una crónica de acontecimientos pasados ni recientes, y mucho menos pretenden hacer un anecdotario arzobispal.

Si escribo hoy es por la imperiosa necesidad de decir lo que siento a impulsos del corazón, sin pensarlo, sin rebuscar hechos, porque estoy convencida de que no se puede silenciar lo que ha sido –que es silenciar la historia–, y también porque lo siento como deber de gratitud y afecto al que gracias al Señor tuvimos como Pastor, al obispo hechura del gigante que le sirvió de modelo.

Ahora, desgranados a como salgan, van mis recuerdos de otros tiempos, amalgamados, queridos, quizá escondidos allá en lo recóndito del alma y hasta salpicados por ese invento de Dios que son las lágrimas y contra las que tanto he batallado, como si no fuera de humanos sentir y conmovirse, por lo grande y por lo sencillo, por lo que nos toca por dentro.

Era aún un joven sacerdote recién ordenado cuando le conocí: “Perucho”, aún a pesar de la época un tanto barroca para títulos y dignidades eclesiásticas. Era el cura sencillo con la misma sencillez que colmó su episcopado, doctorados aparte. ¿Cómo podía ser de otra forma quien se formaba con un Pérez Serantes por maestro, digo más, como padre espiritual cercano y ca-

riñoso a su forma siempre franca. Y dicho sea ya de paso, si algo admiré en él, si por algo le quise, es por ese recuerdo vivo y fundante –lleno también de ternura – que le colmaba hacia quien fue para él obispo, padre, maestro y amigo.

Echo el tiempo a correr, en marcha atrás, y justo lo detengo al filo de comenzar la etapa que marcó mi vida para siempre: mi ingreso en la Acción Católica Cubana que por vueltas de la vida me llevó muy pronto al Consejo Diocesano en una etapa crucial de nuestra historia. En ese entonces conocí de *Perucho*, primero de oídas y luego al verle en el Arzobispado cuando iba a “tirar” algunos “ditos”; más adelante ya iba a ver al Arzobispo y conocía de su labor como consiliario. Mas, cuando de verdad empecé a sentirlo como alguien cercano fue a través de otro federado con quien le unió una amistad muchas veces, o mejor digo siempre, redentora. Ese federado llegó a ser mi



esposo, y en nuestro matrimonio fue puente, amigo, hermano y pastor, también compadre. Eso no lo olvidaré nunca.

Sabemos bien que para aquilatar de verdad el valor de una persona es mejor mirar los tiempos duros, ésos que decimos que prueban el temple de un ser humano, yo agregaría que lo que prueba es la calidad de su seguimiento al Señor de la Historia, su lectura coherente a los signos de los tiempos. Y en estos más de 50 años de sacerdocio vivido según el Evangelio, es obvio que la inmensa mayoría fueron de prueba, miremos si no la historia patria tan imbricada en cada instante –a Dios gracias– con la eclesial; porque ello nos habla de una Iglesia encarnada, nunca ajena al sentir y sufrir de su pueblo. Así empieza a hacerse grande, mírese como se mire y desde cualquier bando que se mire, la figura de este obispo. De un lado aplaudido, del otro causando ronchas, por todas partes recibiendo “palos porque boga y palos porque no boga”, como buen discípulo de Cristo que no puede ser más que su Maestro, porque sólo hace la voluntad del Padre sin buscar agradar a unos o dejar de molestar a otros, por eso le admiraba. La expresión justa, dicha a tiempo, sin ambages, con fuerza, y ¿por qué no decirlo, si bien me agradaba?, con algún que otro puñetazo bien dado sobre el ambón.

¿Sabe? Padre, creo que ha sido usted “siervo inútil” (así decía a veces) con la misma *inutilidad* del Profeta, siendo profeta para los suyos en la tierra que le vio nacer, y sacerdote del Altísimo a la usanza Antigua y Nueva dejándose mover sólo por Él.

Sin ordenar recuerdos, pienso ahora en el día de su ordenación episcopal, allí junto a la Madre, en la Casa de todos. Aquél fue en verdad día de fiesta para nuestra Iglesia cubana y no sólo de la arquidióce-

sis oriental –aún no convertida, con la división que multiplica, en cuatro diócesis –. Fue también día de reencuentro entre federados, nos volvíamos a ver después de años, a veces pensando “ya ése se fue”. Día hermoso y lleno de emociones. Después fue el ir y venir de cartas que demoraban *siglos* contando lo ocurrido, lo vivido, lo sentido hasta los tuétanos. De diáspora nada, por aquellos tiempos el que se iba al exilio lo hacía *para siempre*, no se permitían visitas en ningún sentido, pero ellos, los de allende el mar, estuvieron presentes con sus oraciones y en el recuerdo y el cariño de los que aquí permanecíamos, algunos hasta hoy, otros esperando...

Sempiterna realidad del cubano de las últimas décadas... Bien vivida, reflexionada y sufrida por Mons. Pedro por partida doble: como pastor, y además como hijo, hermano, tío, amigo... Realidad que marcó también su talante episcopal, pues se sabía y sentía pastor de los de aquí y de los de allá. Y eso requiere un corazón grande y sereno.

Pensando en esto, comprendo ahora el camino recto que el Señor traza a su manera. En un principio, me dolía que hubiese muerto junto a otras riberas. Pero el mar se hizo abrazo para unir los sentimientos patrios, porque, como dijo él en su recto, preciso y valiente saludo al Papa en la plaza santiaguera: “Somos un único pueblo que, navegando a trancos sobre todos los mares, seguimos buscando la unidad que no será nunca fruto de la uniformidad sino de un alma común y compartida a partir de la diversidad”. Su funeral en Miami lo leo como un signo de los tiempos, como puerta propicia a la reconciliación que tanto anhelaba y fue un deseo expresado en sus palabras al concluir la última Eucaristía como Arzobispo de Santiago de Cuba. Como verdadero Pastor que ama, cuida y reúne a sus ovejas,

su cuerpo ya yerto irradia luz de aurora que ilumina el reencuentro.

Otro día viene presto a mi memoria, el día inolvidable del sepelio de Pérez Serantes, la Catedral repleta, el pueblo manifestando su cariño y agradecimiento al Prelado con mayúscula, la procesión sentida hasta el cementerio, miles de personas que caminaban cantando y rezando..., aún a pesar de los tiempos que corrían y las implicaciones que podría acarrear la manifestación. Son cosas que se guardan para siempre, en intrincados vericuetos que a veces se enderezan para dejarnos ver clara la hondura del recuerdo. Algo me tocó a fondo, el obispo auxiliar de Santiago lloraba, como sólo pueden hacerlo los hombres que saben serlo siendo fieles.

Y tal vez por eso ahora sólo recuerde las cosas que me impactaron por dentro. Pasan los años, y me veo en el Santuario de El Cobre, lleno de coloridos humanos, de alegría, el Cardenal Gantin haría la consagración como Basilica Menor. Cantamos el Himno de Bayamo, la emoción subía de tono, y el entonces Arzobispo de la diócesis primada lloraba, la gente, entre otras cosas, aplaudía a reventar, cámara en mano, en el presbiterio, yo hacia lo mismo que los demás, un codazo a tiempo me saca del ensueño y me recuerda, "estás aquí para retratar", aún era tiempo de inmortalizar el instante.

Sigo sin orden, obedezco al sentimiento que es mucho más poderoso que la razón. Revivo la visita de Juan Pablo II. La Plaza santiaguera desbordada, el pueblo había dado riendas sueltas a su amor por la Virgen... Saludos al Papa... Y entonces ocurre lo que nadie esperaba. El obispo primado da la bienvenida al vicario de Cristo, como es de rigor, y sus palabras son la expresión valiente del sentimiento de su pueblo, la voz del que no

puede alzarla. Coincido con él en que nació para ese día; pero he de agregar que no sólo para "ése", fue el momento, la presencia de los medios de comunicación que llevaron sus palabras al mundo entero, lo que permitió que sus palabras recorrieran el orbe. Los que le conocíamos, sabíamos que eran las de siempre, las del profeta que vive la realidad de su pueblo. De esto no hay que comentar, mucho se ha hecho, sólo añadir que para el "resto fiel" sí hubo gran alegría, pero no asombro ni extrañeza, estábamos acostumbrados a su decir, a su valor, ¿no era acaso el obispo de Oriente, *donde la tierra tiembla pero los hombres no?* ¡Qué día para reunir emociones! Cuando le oí pensé en Pérez Serantes, y estoy segura que ese día, desde arriba, gozando de la presencia del Padre que ya los ha reunido, nuestro viejo Pastor se alegraba y nos bendecía.

Como dice mi hija Poppy, su ahijada: *Padre de los Santiagueros y de Santiago será el nuevo santo de Cuba, obra le sobra.*

"Actuamos, como lo hemos hecho siempre, totalmente libres de extrañas influencias, consagrados al exclusivo servicio de Dios y de la patria", escribió en una pastoral Mons. Serantes. Pienso que estas palabras resumen bien el actuar de su sucesor.

Oigo tañer las campanas de la Catedral primada, doblan por su arzobispo emérito. Con ellas me duelo y me regocijo, y doy gracias al Señor de la Historia por el regalo de este Pastor que supo ser profeta y hacer historia.

Termino diciendo: GRACIAS PADRE MEURICE, por su vida ejemplar de entrega sin reservas.



SÓLO DIOS BASTA

Esta educación ha sido para siempre; lo que nos enseñó quedó clavado como asta en nuestra vida. Llevar el cáliz al altar con mano fuerte en el servicio de acólito y razonar con fe el misterio de Cristo en la cruz son ejemplos de experiencias en las que el padre Meurice está presente cada vez que la vivimos nuevamente.

¿Qué había en aquel hombre que podía mantener durante una larguísima homilía la atención nuestra como adolescentes? Al terminar nos quedaban claras dos cosas: Sólo Dios basta, primero, y segundo: El Padre Meurice es un hombre de Dios. Esta realidad fue cobrando agudeza y avidez en nosotros al punto que recordamos como, ya siendo jóvenes, íbamos a escucharlo en las grandes celebraciones en Catedral o en El Santuario de la Virgen de la Caridad del Cobre sabiendo que eran ocasión privilegiada de recibir el magisterio. Los jóvenes de entonces seguíamos con atención y luego comentábamos y debatíamos lo que decía llenos de sano orgullo por contar con un Obispo como él. El que no podía ir luego preguntaba: "¿qué dijo Monseñor?"

Cuando éramos niños nos trató como niños, cuando jóvenes como tal y de casados paulatinamente como adultos, conforme se acrecentaba la responsabilidad en nuestra vida familiar. El Padre Meurice ha estado presente en nuestra vida desde que tenemos uso de razón. Desde la niñez hasta hoy ha sido un modelo, paradigma de tantas facetas del ideal de vida que acogimos desde entonces. Tenerlo, fue la certeza de identidad que nos ayudó a vivir el reto de ser cristianos.

Muchas veces hizo de párroco en nuestra comunidad de Santa Teresita y pudimos conocerlo de cerca, familiarmente, como un niño y una niña miran admirados a su padre y se sienten contentos y seguros a su amparo. Ya desde entonces comenzó su formación en nosotros: desde las pequeñas costumbres de católicos hasta las verdades de fe más profundas.

Ya casados nos pidió muchas veces acompañarlo a los viajes que hacía a la entonces diócesis de Santiago, con Granma y Guantánamo incluidas, sobre todo a los encuentros de matrimonios. En el camino era simpático como nos decía, cuando se dirigía a uno como "muchacho" y a la otra como "señora". Al pasar los años a una le decía "muchacha" y al otro "señor". Con la

delicadeza del que sabe respetar la vida personal se manifestaba su preocupación porque lleváramos nuestra familia cristiana y sanamente.

Ya todos sabemos que no podemos decir todo y que cada día que pase vendrán a nuestras mentes momentos y experiencias con él, que serán luz para nosotros y para otros. Para esos que no lo conocieron o no trataron con "el padre" decirles que Monseñor Meurice era un hombre que escuchaba profundamente a quien le hablaba y luego en una expresión breve daba la respuesta acertada, equilibrada y justa desde una fundamentación humana y cristiana en la que se podía apreciar la gracia del Espíritu.

En corresponderle ha sido de gran agrado transmitir el amor y admiración que sentimos por él a nuestras hijas. Ellas también acudieron a él a pedirle su consejo y bendición ante las realidades que le preocupaban.

A nuestros hermanos de comunidad y de ciudad decirles, que no sólo tuvimos un gran hombre entre nosotros sino también que tenemos un pastor en el Paraíso. Su vida fue una oración a Dios, oremos con él al Eterno Padre por todos los cubanos para que, como hijos de la Virgen de la Caridad y hermanos todos, alcancemos por Jesús las gracias del cielo y vivamos en unidad y fe hasta que nos encontremos de nuevo en el Reino de Vida, de Verdad, de Justicia, de Paz, de Gracia y Amor.

Obispo Pedro

Por: Nicolás Castillo Savón

Este día la ciudad de Santiago de Cuba, estaba triste, el cielo nublado y una lluvia que caía lagrimosa, se cernía sobre la ciudad. Las montañas, no mostraban el verdor acostumbrado, y el mar que baña la isla de Cuba, no tenía ni el color ni la pujanza de siempre. Días transcurridos para un dolor compartido entre todos por ser demasiado dolor.

Ha fallecido en los Estados Unidos, el padre, el amigo, el confesor, el Obispo Pedro. Hombre célebre, de pensamiento justo, de vocación ministerial ejercida en tiempos difíciles, de fina y sublime sensibilidad volcada a dar paz y reposo al alma de todos. Sabio en la vida y en su misión, del cual se deberán escribir las más hermosas páginas gloriosas.

Ha fallecido quien cada minuto de su vida lo dedicó a todos, especialmente a los niños, a los enfermos, a los presos, a las madres, ancianos y a cuantos necesitaron de él. Ha fallecido quien más invocó desde sus predios por la recuperación de la familia cubana vista como algo de todos. Jamás hubo diferencias para atender a cualquiera, hizo de la diversidad una de sus reglas; sabía escuchar paciente, y ¿cuántas lágrimas no escaparon de sus ojos ante el dolor o el relato del prójimo?

Es hora de que se sume la verdad con justeza, de quien nos dio su par de zapatos y un pantalón y camisa para cubrirnos los pies y cobijarnos del frío. Obispo Pedro, en su ascensión al cielo al lado del Padre Celestial, lleva usted el amor descrito por San Pablo; hemos de orar mucho, mucho para que su legado permanezca entre todos.

Desde mi pequeña parroquia

Doblan las campanas en mi pequeña parroquia. Ha muerto Monseñor Pedro Meurice, mi amado arzobispo, mi pastor, mi padre y mi amigo. Lloro su muerte. Siento un enorme vacío, y sin embargo, también una gran paz. Descansó de sus muchos trabajos, de sus sufrimientos corporales, de aquel peso que le doblaba las espaldas: el dolor, el sufrimiento, de su pueblo.

Viene a mi memoria la Misa funeral del Arzobispo Pérez Serantes, a quien Monseñor Meurice siempre consideró como un padre. "Ha muerto el obispo valiente, ha muerto el obispo santo", decía con profunda emoción, y repetía una y otra vez a lo largo de su homilía, el obispo de Cienfuegos, Monseñor Alfredo Muller, como si de esa manera, quisiera recordárnoslo y que se nos quedara en la memoria. Han pasado más de cuarenta años y hoy pienso que aquellas palabras cobran una nueva y extraña actualidad: **"ha muerto el obispo valiente, ha muerto el obispo santo"**.

Mons. Meurice era un hombre tímido. A diferencia de Mons. Enrique Pérez Serantes, que era como un fenómeno de la naturaleza, un hombre telúrico, con una desbordante y extrovertida personalidad, Meurice era tímido. Lo que le daba un aire de seriedad casi adusta. Era un hombre reservado. Era el perfecto secretario, "el hombre que guardaba los secretos" y que guardaba las espaldas del otro, el jefe. Pero a este hombre humilde y concentrado Dios le pidió "llenar el hueco" de su admirado y venerado Pastor. La primera lectura que se leyó en la Misa de su ordenación episcopal era el texto de la

vocación de Jeremías: "mira que yo soy como un niño que apenas sé hablar", le dice Jeremías a Dios. Y Dios le responde: "No importa, a donde te mande irás y lo que yo te ordene decir, tu lo dirás".

A Meurice le humillaban los honores y las alabanzas. Era humilde, desde la conciencia, tantas veces proclamada, de su propia pequeñez. Era sincero al decirlo. **En esto era, al igual que el Padre Varela, un cubano atípico.** No encontramos en él ese afán de protagonismo, esa búsqueda del aplauso, o esa tentación del caudillismo, tan frecuente entre nosotros. Hablaba cuando no le quedaba más remedio y porque no le quedaba otro remedio. Esto hacía de él un hombre de pocas palabras, que en cambio, sabía hacer silencio para escuchar a los demás. No exteriorizaba fácilmente sus sentimientos, era "un hombre de cáscara dura", pero uno percibía en él una enorme bondad, una enorme capacidad de comprensión y de paciencia, demostrada por su cotidiana manera de vivir.

Si nos preguntamos cuál era el ingrediente fundamental de una personalidad que sin embargo percibíamos tan rica como profunda, **tenemos que remontarnos a su experiencia de Dios.** Meurice siempre fue un hombre de oración. Cada vez más, fue un hombre de Dios, un discípulo fiel de ese Jesús que nos dijo: "la verdad les hará libres". Al final de su vida, en las palabras con que se despidió de sus queridos feligreses de la arquidiócesis santiaguera, lo recalcó con una enorme fuerza: **"sólo a Dios ha de darse todo el honor y la gloria"**, quizá en respuesta a

las alabanzas que se le tributaron, tan típicas de esas circunstancias. “Son ustedes, curas, monjas y laicos, los que han hecho todo el trabajo”, nos dijo en su despedida. Sabía negarse a sí mismo, porque lo había aprendido en la escuela suprema de la oración. “La humildad es la verdad”, decía San Teresa de Ávila, otra gran aprendiz en esa misma escuela.

Monseñor Meurice **era un hombre que decía la verdad porque vivía en la verdad**. Su compromiso con la verdad iba más allá de la conveniencia propia, incluso de la conveniencia de la institución que tanto amaba, la Iglesia de Jesús. El tenía claro lo que decía Luz y Caballero acerca de la utilidad... “útil es un ferrocarril, pero más útil es la justicia”. Su compromiso diamantino con la verdad y la justicia, a ejemplo de Jesús, es la última explicación de su valentía proverbial, de su arrojo en decir la verdad. “Nos llamamos cristianos porque seguimos a Jesús, que es una persona, no una ideología ni un código moral”, decía a los jóvenes. Y no solo en las palabras de acogida al Papa, aquel 24 de enero de 1998, en la Plaza Antonio Maceo, **cuando el pueblo lo ovacionó trece veces, en un texto de apenas dos páginas**. Las inolvidables homilias de la “Misa vespertina de la Resurrección”, en la catedral santiaguera, en las grandes celebraciones litúrgicas en torno a la Virgen, en la Basílica del Cobre y sus homilias en las más humildes parroquias de toda la diócesis, eran un continuo llamado a la esperanza, a la reconciliación, a vivir en la verdad y en el amor. Sus palabras, como su ejemplo, nos ayudaron a enfrentar los peores momentos, las mayores dificultades, con fe y coraje.

Sin duda, una enorme carga de amor a Cuba inspiraba esas palabras suyas al Pueblo de Dios. De sus palabras y escritos, podría hacerse la alabanza que hizo

Don José de la Luz y Caballero de nuestro insigne Padre Varela: “Sólo una caridad tan ardiente y acendrada como la que anima su pluma puede haber inspirado tanta valentía y tanta modestia en reprender, tanto calor y tan sostenida unción en persuadir... Sólo el hombre que ha pasado la vida practicando todas las virtudes evangélicas con el fervor de los apóstoles, sería capaz de pintar la virtud con los vivos colores que él lo hace, copiándola del original que alberga en su pecho”.

Martí dijo de Agramonte esta suprema alabanza, que yo aplico también a Monseñor Meurice: **“el que ni en sí ni en los demás humilló nunca al hombre”**. El respetaba profundamente a las personas. En pleno período especial, su continua preocupación por alimentar a los pobres, sus largas horas de escuchar a los humildes, de ayudarlos material y espiritualmente, lo llevó a dar la orden de que las parroquias no enviaran las cuotas de contribución acostumbradas al Arzobispado y que lo dieran todo a los pobres. El conocía muy bien la voz de los que no tienen voz, porque vivía escuchándolos. Por eso fue su más legítimo portavoz. “Negó muchas veces su defensa a los poderosos; no a los tristes. A sus ojos el más débil era el más amable. Y el necesitado era su dueño”, como dijo Martí del venezolano Cecilio Acosta.

Pero nadie vive inmerso en medio de tantas presiones sin pagar un precio. Su salud se quebrantó. En sus últimos años al frente de la Arquidiócesis, vivió una larga noche oscura que a veces le impedía hasta tomar la palabra en público. Cuando se le invitaba a las parroquias decía al cura: “Yo presido la Misa, pero tú predicas”. Después de su jubilación, ya en el Cobre, dividía su tiempo entre las visitas a los pobres y los largos ratos diarios de oración. La sabiduría del corazón se

aprende en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Y él, que al igual que Moisés "se mantuvo firme como si viera al Invisible", supo abrazarse a la cruz de su Señor. Dios le ofreció el regalo máximo: como a Juan, el discípulo que tanto amaba, a quien confió a su Madre, Jesús le concedió pasar sus últimos tres años de vida en el Cobre, a los pies de María, cerca del antiguo Seminario San Basilio, donde habían transcurrido su niñez y juventud. ¡El, que tanto se preocupó por el Santuario, que tanto amó a la Madre, que fuera el custodio fiel de su imagen por tantos años como Arzobispo de Santiago, allá fue, a descansar de sus muchos trabajos!

A los pies de María, en su otra casa, la que le construyeron centavo a centavo

sus hijos del exilio, fue a pasar sus últimos días. Tantas veces lo proclamó: "somos un solo pueblo, acá y allá". Meurice se convirtió en un sacramento de unidad para todo el pueblo cubano, un verdadero puente (pontífice) signo de unidad y de reconciliación entre las dos orillas del estrecho de la Florida. Su muerte allá, permitió que se proclamara alto y que se reconociera públicamente, su callada y meritoria labor en este sentido. **Todos estaban en su corazón y el llegó a estar en el corazón de todos, los de allá y los de acá.** Por eso su muerte ha sido su última homilía, su último servicio a la Patria y a la Iglesia. Porque Cuba no sería Cuba sin los hermanos que tenemos fuera.



Mons. Pedro Meurice Estiu y un grupo de sacerdotes "sanluiseros": PP Roberto Betancourt, José Conrado, Arturo Niño pp, Rafael A. López y Pedro Capdevila

El padre Meurice escogió como lema de su ministerio episcopal las últimas palabras de la Biblia: el grito del “**ven, Señor Jesús**”, es el grito de la Iglesia perseguida, de los cristianos humillados, “que han lavado sus túnicas en la sangre del Cordeiro”, es el grito del Espíritu y la Esposa, pidiéndole al Señor Jesús que venga, porque con El vendrá la salvación. Es el grito profético de los que confían su suerte a Dios, “sabiendo de quién se han fiado”: el único verdadero Mesías y Salvador que nos libera de toda alienación porque nos hace hijos del Padre y hermanos de todos los hombres y mujeres de la tierra.

Meurice fue un hombre fiel y agradecido. En primer lugar con Dios. En los momentos importantes de su vida manifestó su gratitud a Dios por la familia que le regaló, en especial doña Sisa, su santa madre y su padre, al que, por su temprano fallecimiento, apenas conoció. Después a Monseñor Pérez Serantes, cuya feliz memoria conservó siempre viva en su corazón y que fue para él un modelo como sacerdote y obispo. Para con sus profesores y formadores del Seminario, para sus compañeros de San Basilio, para los sacerdotes, de cuya comisión nacional fue presidente varias veces. Para sus hermanos obispos, a los que siempre apoyó con su cariño, consejo y amistad sincera. Al pueblo cubano y a la Santa Madre Iglesia Católica, de la que se sentía hijo y deudor, además de pastor. Amó a su Iglesia santiaguera y a San Luis, su pueblo natal, “el pueblo más lindo de la tierra”, como él solía decir. Y ese amor fue correspondido por su gente, que le pagó con su cariño y admiración.

Algo falta en esta semblanza, de todos modos incompleta e insuficiente. Y es el sentido del humor del Padre, su capacidad de jugar con las palabras (que no con las personas, como acoté ya una vez). Había en él una dimensión lúdica, una

picardía muy cubana, muy humana. No era un hombre estrado. Le encantaba comer. Una vez dijo: “el que no es capaz de disfrutar del vino de la tierra no es digno de beber el vino del Reino”. En la mesa del arzobispado, en las convivencias sacerdotales, cuando se reunía con sus viejos amigos, cuando estaba de viaje, salía a flote el lado bromista y divertido del Arzobispo. Nada, que “un santo triste siempre sería un triste santo” según acotaba Santa Teresa. Todo sea dicho: cuando se incomodaba podía llegar a perder los estribos. Pero cuando recapacitaba, o si se había equivocado, al caer en la cuenta, tenía la enorme virtud de reconocerlo e incluso, de pedir perdón con humildad. “Nunca es mas alto el bambú que cuando más bajo se inclina”, reza un proverbio chino.

Me atrevo a terminar esta evocación de mi querido padre y pastor, con esta cita martiana, aun si el verbo inicial resulta fuerte, quizá inadecuado al caso. Creo difícil que alguien odiara a Meurice! Martí escribió estas palabras en la muerte del poeta uruguayo Juan C. Gómez: “Odiar los hombres y ven como enemigo al que con su virtud les hecha involuntariamente en rostro que carecen de ella; **pero apenas ven desaparecer a uno de esos seres acumulados y sumos, que son como conciencia viva de la Humanidad y como su médula, se aman y aprietan en sigilo y angustia en torno del que les dio honor y ejemplo, como si temiesen que, a pesar de sus columnas de oro, cuando un hombre honrado muere, la humanidad se venga abajo**”.

Mi Padre y Pastor



Termina el día de hoy, 21 de julio de 2011.

Mi mañana en la oficina comenzó con una llamada y la noticia de la gravedad final de Mons. Pedro, del Padre Meurice. Hice alto para orar, como él lo pedía a todos, y traté de continuar el día, la labor.

Luego otra llamada, estaba ya en el PARAÍSO: Monseñor Pedro Claro Meurice Estiu había llegado a la META.

El día fue el mismo y cambió. Primero el dolor, pensaba en el Pastor, pero no podía separarle de la imagen del padre; cercana su presencia desde mis primeros recuerdos y a mi padre. Luego el

GRACIAS, a Dios por haberle escogido y sostenido en su ministerio sacerdotal y episcopal, en su ser padre para todos.

Mi trabajo cambió de rumbo, comienzo a buscar fotos, mensajes, cartas, homilias, entrevistas. Hilo las imágenes que tengo de él: pequeño sentado un parque de su querido San Luis, las fotos de su madre y sus hermanos, de niño en el Seminario San Basilio... su ordenación episcopal, una y otra vez la imagen de Mons. Pérez Serantes junto a la suya... su encuentro con SS Pablo VI (recuerdo la anécdota tras la foto, en que pidió sin ceremonias el Santo Padre le impusiera el palio arzobispal recibido cinco años antes por poder), su dedo que marca y señala, El Cobre, La Catedral... la Plaza: SS Juan Pablo II, la imagen amada de la Virgen de la Caridad y Mons. Meurice... otra vez Juan Pablo en Roma, su viaje a Tierra Santa o a San Agustín de la Florida, rodeado de jóvenes y familias cercanos a su casa allá en El Cobre... Hilo mis recuerdos tras las fotos, hilo junto a ellos la vida de la iglesia de mi diócesis y de mi patria.

Encuentro y releo, comparto, y la emoción no me deja terminar muchas de las frases.

Hago llamadas a una y otro de los colaboradores de Iglesia en Marcha, para escoger lo que publicaremos, que la palabra cante la vida de este hombre de Dios y del pueblo, de este sacerdote y Obispo, de nuestro Padre.

Las campanas de la Catedral doblan, son las doce. A lo lejos se siente el doblar de uno y otro carillón, como hace más de un siglo atrás, ellas anuncian el duelo y cantan GRACIAS.

En la parroquia de Santa Lucía el P. Jorge Catasús preside, a las tres de la tarde, la primera misa en la ciudad y la diócesis... la emoción embarga a todos "Pueblo de Reyes / pueblo sacerdotal / pueblo de Dios / bendice a tu Señor"... se escucha el Marana Thá "Ven Señor, Jesús", el lema que está inscrito en su escudo obispal.

A las cuatro y treinta celebran Mons. Dionisio García, nuestro arzobispo, y Mons. Emilio Aranguren, obispo de Holguín que ha llegado a acompañarle, la Eucaristía. La pequeña capilla del Arzobispado se colma de vecinos y trabajadores, sus hijos que desde la mañana han ido depositando flores, bella manera de decir: GRACIAS.

Seis de la tarde, y vuelven a doblar las campanas, de uno y otro templo de Santiago, de la Diócesis.

Ya en la noche llama mi hermana desde Canadá, que ha logrado conversar pausadamente con la Hna. Mirtha, su madrina, que le habla del paso de "su padrino" pleno y en paz al Padre. Decimos las dos GRACIAS, él no quería llanto, GRACIAS SEÑOR por su VIDA.

Por: Ana Rodríguez-Soto - Florida Catholic
Domingo, 24 de julio de 2011

Murió según vivió: con la oración en los labios, la Virgen a su lado y sumiso a la voluntad de Dios, pero con la fuerza de su personalidad intacta. Mandó todo el tiempo, dijo la Hermana Mirta Zayas al recordar las últimas horas de Mons. Pedro Meurice, arzobispo emérito de Santiago, quien falleció a los 79 años de edad en Miami.

Según la religiosa, que lo conoció desde niño y después trabajó con él más de 40 años en el Arzobispado de la sede primada de Cuba, Mons. Meurice nunca perdió el conocimiento. *Murió sonriente y lleno de amor.* La Hermana Mirta pertenece a las Hermanas Sociales, orden cubana, y estuvo *rezando y cantando* con Mons. Meurice durante



Arzobispado de Santiago de Cuba, junio de 2005

Murió sonriente y lleno de amor

varias horas antes de su fallecimiento, el 21 de julio, en el Hospital Mercy.

El hospital está situado al lado de la Ermita de la Caridad del Cobre, en la Bahía de Biscayne, cuyas aguas también bañan las costas de Cuba. En Cuba, Mons. Meurice vivía al lado del Santuario del Cobre, donde se guarda la imagen de la Patrona de Cuba, que se le apareció a tres pobres pescadores en medio de una tormenta, hace casi 400 años.

A los 12 años, Mons. Meurice había entrado en el Seminario San Basilio Magno, también en el Cobre. Cuando extrañaba mucho a su familia, se refugiaba en la casa de la Hermana Mirta, cuyos padres y abuelos trabajaban en el seminario. Ella recuerda como, agradecido por el calor familiar, el futuro obispo le regalaba a su madre *una cajita de tabacos vacía*, todo lo que sus escasos recursos le permitían conseguir. *Ha sido el hermano mayor de la casa, el hijo mayor de mis padres*, dijo la Hermana Mirta, que es 10 años más joven que él.

Después, siendo él sacerdote y obispo y ella religiosa, trabajaron juntos atendiendo *a todos los pobres*, recordó la hermana. *Fue un hombre que abrió las manos, su corazón, todo, y se despojó para entregarse a su pueblo que sufre. Siempre ponía las cosas en manos de Dios y de la Virgen. Lloraba con el que lloraba. Y sabía reír, y sabía ponerlo en su lugar.*

La Hermana Mirta pudo viajar a Miami el 11 de julio, y considera *una bendición de Dios* haber podido estar al lado de Mons. Meurice en el momento de su muerte.

Me dijo: 'Ya, Mirta. Ya, Mirta', contaba la religiosa mientras feligreses, amigos y familiares desfilaban el sábado por la tarde ante al cuerpo del arzobispo, que permanecerá expuesto en la ermita hasta las 10 p.m. de hoy domingo.

Su encuentro con el Padre fue orando junto a Arturo (Mons. Arturo González, obispo de Santa Clara) y las personas que estaban ahí, entre ellas su hermana, Clara Meurice, y una cuñada.

Él quería ir a Cuba a morir allá, pero nos sorprendió, continuó la religiosa. *Dios sabe lo que hace.*

Así lo entiende también Mons. Dionisio García, el sucesor de Mons. Meurice como arzobispo de Santiago, quien momentos antes había declarado en una conferencia de prensa, su voz quebrantada por la emoción: *Dios quiso que muriera aquí, a lo mejor como el signo de que todos (los cubanos) somos un mismo cuerpo.*

Mons. García y la Hermana Mirta usaron casi las mismas palabras para describir al fallecido arzobispo, que dirigió la Arquidiócesis de Santiago durante 37 años.

Amigo, hermano, compañero, ejemplo en muchas cosas, dijo Mons. García. *Su palabra siempre la escuchábamos, porque era una palabra siempre segura.*

Era un amigo, un padre, para mí y la comunidad de las Hermanas, y para toda mi familia. Lo extrañaré no sólo yo sino todo el pueblo, dijo la Hermana Mirta.

